

La Mordaza Sobre Colombia

* * *

Hasta hace poco más de diez años, Colombia era uno de los países de vida política ejemplar de nuestro continente. Y como es natural ahí donde la democracia impone su signo de libre opinión y respeto mutuo, la prensa de ese país hermano constituía la impecable tribuna de ideas que es en las naciones más avanzadas del mundo. Bastó un traspie civil, cuya responsabilidad hay que atribuir a la ciega pugna por el poder en que se empeñaron los partidos tradicionales, para que en la patria de tantos ideólogos liberales se enseñoreara la dictadura. Con el advenimiento de un régimen de fuerza comenzó el padecimiento del periodismo, cuya situación culminante, bajo el gobierno actual, es la de la mordaza más cruel e implacable.

La crisis de la democracia en los países latinoamericanos siempre sobreviene a raíz de una falla en la voluntad cívica de los hombres públicos. Cuando los políticos anteponen sus intereses inmediatos, sus ambiciones de dominio, su odio y su rencor, a los principios fundamentales de la doctrina que los debiera inspirar sin pausa, se abre la puerta a la autocracia. Y ésta, infortunadamente, nunca es momentánea. La lucha entre las derechas y las izquierdas llevó a Colombia al abismo dictatorial. Bien cara se está pagando esa debilidad en las tierras que baña el Magdalena.

La experiencia es aleccionadora y, en verdad, nada nueva. Los mismos problemas han afrontado, o afrontan, la Argentina, Venezuela, Cuba y otras repúblicas de nuestra comunidad americana. En realidad, la democracia importa el debate y la vigilancia. Las instituciones son estables en tanto la ciudadanía cuida que la discrepancia no afecte la solidez de su estructura y mientras la discusión no llega al extremo de sacrificar el sistema mismo a la victoria de determinada pasión. Se trata de mantener una actitud de ojos abiertos, de inteligencia defensiva, de salud moral: si los que luchan entre sí no contaminan con su encono la libertad, de la cual se nutre la normal existencia social, la libertad está a salvo. En caso contrario, los enemigos de la democracia, los violentos y los resentidos, la asesinan.

No es el Perú ajeno a hechos semejantes a los que hoy soporta Colombia. Para mayor sarcasmo, allá las autoridades han querido rodear la anómala situación de control a la prensa tras una falsa asamblea periodística que, ni dentro ni fuera, ha logrado hacer olvidar que la dictadura ha clausurado, entre otros diarios prestigiosos, "El Tiempo" y "El Espectador" de Bogotá, y que ha sometido a la totalidad de los órganos de expresión independientes a una humillante y burda censura. En la memoria de los hombres libres de América está vivo este abuso, y él permanece latente como un alerta contra todo intento de imitar los métodos de quien hoy detenta el poder. La máquina de escribir, el linotipo, la rotativa, nos dicen diariamente que no debemos dejar de pensar en la tragedia de nuestros amigos colombianos.

Si bien las dictaduras no son breves, tampoco, por suerte, son eternas. Los pueblos pagan con penosos sufrimientos sus errores, pero al fin, saldada la deuda, recuperan sus bríos y reclaman tenazmente sus derechos. La historia de América está llena de casos de valiente rebeldía tras la negra imposición dictatorial, y es de esperar que mañana en Colombia, como hoy acá, vuelvan los tiempos en que decir lo que se cree la verdad no sólo es un atributo esencial de la persona, sino, quizá por sobre todo, su insoslayable obligación ética. Entonces, tal como lo comprobamos a cada uno de estos despertares, sabremos que podemos confiar en la promesa de dicha colectiva que entraña nuestro destino.

Sebastián Salazar Bondy